

NAVEGACIÓN Y DESCUBRIMIENTO DE LA INDIA SUPERIOR

hecha por mí,
Antonio Pigafetta

LIBRO III

emiliosola@archivodelafrontera.com

Colección: Grandes Fuentes
Fecha de Publicación: 01/05/2013
Número de páginas: 30
I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

Archivo de la Frontera: Banco de recursos históricos.
Más documentos disponibles en www.archivodelafrontera.com



Licencia Reconocimiento – No Comercial 3.0 Unported.

El material creado por un artista puede ser distribuido, copiado y exhibido por terceros si se muestra en los créditos. No se puede obtener ningún beneficio comercial.

El *Archivo de la Frontera* es un proyecto del **Centro Europeo para la Difusión de las Ciencias Sociales (CEDCS)**, bajo la dirección del Dr. Emilio Sola, con la colaboración tecnológica de **Alma Comunicación Creativa**.

www.cedcs.org
info@cedcs.org
contacta@archivodelafrontera.com

www.miramistrabajos.com

Descripción

Resumen:

Desde la salida de Zubu hasta la salida de las islas Molucas.

Palabras Clave

Navegación, descubrimientos geográficos, antropología,

Personajes

Fernando Magallanes, Juan Carballo y su hijo; portugueses Francisco Serrano, Pedro Alfonso de Lorosa, Tristán de Meneses, Diego López de Sichea y Francisco Faria; Raja Siripada rey de Burné, Gobernador de Palaon, Raja sultán Manzor de Tadore y su heredero Calagonapi; Raja Abuleis de Tarenate, sus hijos Chechilideroix y otros; Raja Papua, Rajá Jussu de Geailolo; Rey de Marchian y su sobrino Humay; Rey de Bachian y su hermano.

Ficha técnica y cronológica

- **Tipo de Fuente:** Fuente impresa
- **Procedencia:** Biblioteca Ambrosiana de Milán
- **Sección / Legajo:**
- **Tipo y estado:**
- **Época y zona geográfica:** siglo XVI, navegación del mundo
- **Localización y fecha:** Italia, 1536 edición póstuma.
- **Autor de la Fuente:** Antonio Pigafetta

LIBRO III

DESDE LA PARTIDA DE ZUBU HASTA LA SALIDA DE LAS ISLAS MOLUCAS

La flotilla reducida a dos naves

Abandonamos la isla de Zubu y fuimos a fondear hacia la punta de una isla llamada Bohol, que dista de aquella dieciocho leguas; y viendo que nuestras tripulaciones, disminuidas por tantas pérdidas, no eran suficientes para las tres naves, determinamos quemar la Concepción, después de haber trasladado a las otras todo lo que podía sernos útil. Dejamos entonces el cabo al sud sudoeste y costeamos una isla llamada Panilongon, donde los hombres son negros como los etíopes.

Por las islas Filipinas

Siguiendo nuestra derrota, arribamos a una isla que se llama Butuán, donde fondeamos. El rey de la isla vino a nuestra nave, y para darnos una prueba de amistad y de alianza, se sacó sangre de la mano izquierda y se tiñó con ella el pecho y la punta de la lengua, en cuya ceremonia le imitamos. Cuando abandonó el buque, me fui solo con él a visitar la isla.

Entramos en un río donde encontramos varios pescadores, que ofrecieron pescado al rey, quien, como todos los habitantes de esta isla y de las vecinas, andaba desnudo, cubriendo sólo sus órganos genitales con un pedazo de tela, que después también se quitó. Los notables de la isla que le acompañaban hicieron otro tanto, tomando en seguida los remos y bogando a la vez que cantaban. Pasamos a lo largo de varias habitaciones construidas a orilla del río, y como a las dos de la mañana llegamos a la casa del rey, situada a dos leguas de distancia del desembarcadero.

Al entrar en la casa se nos salió a recibir con antorchas hechas de juncos y hojas de palmera enrolladas y llenas de la goma llamada *anime*. En tanto que se preparaba nuestra cena, el rey, en unión de dos de sus jefes y de otras tantas de sus mujeres, bastante bonitas, sin haber probado nada, se bebieron un gran vaso lleno de vino de palmera. Se me invitó a beber como ellos, pero me excusé diciendo que había cenado ya, y así no bebí más que una vez. Cuando bebían ejecutaban la misma ceremonia que el rey de Massana.

Se sirvió la cena, compuesta sólo de arroz y pescado muy salado, en tazones de porcelana. Comían el arroz a guisa de pan, el cual cuecen poniendo en una olla de greda, parecida a nuestras marmitas, una gran hoja que cubre enteramente el interior del vaso, en el cual echan el agua y el arroz, tapándolo en seguida. Se deja hervir el todo hasta que el arroz haya adquirido la consistencia de nuestro pan y lo sacan después por trozos. Así es como cuecen el arroz en estos parajes.

Concluida la cena, el rey hizo traer una estera de cañas, una de palmera y una almohada de hojas,

lecho en que me acosté con uno de los jefes.
El rey fue a dormir a otra parte con sus dos mujeres.

Al día siguiente, mientras se preparaba la comida, fui a dar un paseo por la isla, entrando en varias casas, edificadas como las de las otras islas que habíamos visitado, donde vi cierto número de utensilios de oro, pero muy pocos víveres. Regresé a casa del rey, donde comimos arroz y pescado.

Por medio de señales conseguí expresar al rey el deseo que tenía de ver a la reina, significándome de la misma manera que consentía en ello, encaminándonos entonces hacia la cima de una montaña, donde reside aquélla. Al entrar le hice mi reverencia, que ella me devolvió, sentándome a su lado, mientras se ocupaba en fabricar esteras de palmera para una cama. Toda su casa estaba provista de vasos de porcelana, colgados de las paredes. Se veían también cuatro tímpanos, uno muy grande, otro mediano y dos pequeños, con los cuales la reina se entretenía tocando. Tenía para su servicio una cantidad de esclavos de ambos sexos. Después de despedirnos, regresamos a la habitación del rey, quien nos ofreció un almuerzo de cañas de azúcar.

Encontramos en esta isla cerdos, cabras, arroz, jengibre y todo lo que habíamos visto en las otras. Lo que en ella abunda más, sin embargo, es el oro.

Me señalaron varios valles, dándome a entender por gestos que había en ellos más oro que cabellos teníamos en la cabeza, pero que no conociendo el uso del hierro, era muy dificultoso explotarlo, como en efecto no lo explotaban.

Después de mediodía, habiendo indicado que quería regresar a bordo, el rey quiso acompañarme en el mismo balangay con algunos de los principales de la isla. Mientras descendíamos por el río, divisé en un montículo, hacia la mano derecha, tres hombres colgados de un árbol, y habiendo preguntado lo que eso significaba, se me contestó que eran malhechores.

Esta parte de la isla, que se llama Chipit, es una continuación de la misma tierra de Butuán y Calagán; está más acá de Bohol y confina con Masan. El puerto es bastante bueno y se halla situado hacia el grado 8 de latitud norte, a 167 de longitud de la línea de demarcación y a cincuenta leguas de Zubu. Al noroeste queda la isla de Lozón, de la cual dista dos jornadas. Esta es grande y a ella llegan para comerciar todos los años de seis a ocho juncos de los pueblos llamados Lequíes. En otro lugar hablaré de Chipit.

Saliendo de esta isla y corriendo al oeste sudoeste, fuimos a fondear a una isla casi desierta. Sus escasos habitantes son moros desterrados de una isla que se llama Burné. Andan desnudos como los de las otras islas y están armados de cerbatanas y de carcajes llenos de flechas y de una hierba que sirve para envenenarlas. Usan también puñales con mangos guarnecidos de oro y de piedras preciosas, lanzas, mazas y pequeñas corazas hechas de piel de búfalo. Nos tomaron por dioses o santos.

Hay en esta isla grandes árboles, pero pocos víveres.
Está situada hacia 7° 30' de latitud septentrional, a cuarenta y tres leguas de Chipit:
se llama Cagayán.

Desde esta isla, siguiendo la misma dirección hacia el oeste sudoeste,
llegamos a una grande, que encontramos bien abastecida de toda clase de víveres,
lo que fue gran fortuna para nosotros, porque nos hallábamos tan hambrientos
y tan escasos de provisiones que estuvimos varias veces a punto de abandonar nuestras naves
y establecernos en alguna tierra para terminar allí nuestros días.

Esta isla, que se llama Palaoán, nos proveyó de cerdos, cabras y gallinas,
bananas de varias especies, algunas de un codo de largo y tan gruesas como el brazo,
aunque otras no tenían más que un palmo de largo, y otras,
que eran las mejores, eran aún más pequeñas. Tienen también cocos,
cañas de azúcar y raíces semejantes a nabos. Cuecen el arroz en el fuego,
dentro de cañas o en vasos de palo, por cuyo sistema se conserva más largo tiempo
que el que se cuece en marmitas. Del mismo arroz se saca,
por medio de una especie de alambique, un vino más fuerte y mejor que el de la palmera.

En una palabra, esta isla fue para nosotros la tierra de promisión.
Está hacia los 9° 20' de latitud septentrional y a 171° 20' de longitud
de la línea de demarcación. Después de presentados al rey,
contrajo éste con nosotros alianza y amistad, en cuyo testimonio,
habiéndonos pedido un cuchillo, se sacó con él sangre del pecho,
con la cual se tocó la frente y la lengua. Nosotros hicimos otro tanto.

Los habitantes de Palaoán andan desnudos, como todos los de estos pueblos;
pero les gusta adornarse con anillos, cadenas de latón y cascabeles.
Sin embargo, lo que más les agrada es el alambre, que les sirve para sus anzuelos.
Casi todos cultivan sus propios campos. Usan cerbatanas y grandes flechas de palo,
de más de un palmo de largo, algunas guarnecidas en la punta de una espina de pescado,
y otras de una caña envenenada con cierta hierba: estas flechas
no están provistas de plumas en su extremo posterior, sino de una madera
muy suave y muy liviana. En la punta de la cerbatana atan un hierro,
y cuando se les han agotado las flechas, se sirven de ellas a manera de lanzas.

Poseen también, domesticados, gallos muy grandes, que no los comen
por una especie de superstición, pero que cuidan para hacerlos combatir entre sí,
con cuyo motivo se hacen apuestas y se adjudican premios a los dueños de los gallos vencedores.

El raja Siripada de la isla de Burné

Desde Palaoán, dirigiéndonos al sudoeste, después de haber recorrido diez leguas,
reconocimos otra isla, que, costeándola, nos pareció que subía (en latitud),
habiendo debido andar cincuenta leguas, a lo menos, antes de encontrar un fondeadero,
y apenas hubimos arrojado el ancla, cuando se levantó una tempestad,
se oscureció el cielo y vimos sobre nuestros mástiles el fuego de San Telmo.

Al día siguiente envió el rey a las naves una piragua bastante hermosa,

que tenía la popa y la proa adornadas con oro, y en ésta un pabellón blanco y azul con un copo de plumas de pavo en el asta. Se veían en esta piragua, entre varias otras personas, músicos que tocaban zamponas y tambores. La piragua, que es una especie de fusta o galera, venía seguida de dos almadies, que son embarcaciones de pescadores. Ocho de los principales ancianos de la isla venían en la piragua: subieron a bordo y se sentaron sobre un tapiz que se les tenía preparado sobre el castillo de popa, donde nos ofrecieron un vaso de madera lleno de *betel* y de *arec*, raíces que mascan continuamente, con flores de naranjo y de jazmines, y el todo cubierto con una tela de seda amarilla. Nos regalaron también dos jaulas llenas de gallinas, dos cabras, tres vasos de vino de arroz destilado y cañas de azúcar. Un presente semejante hicieron a los de la otra nave, y después de habernos abrazado, se despidieron de nosotros.

El vino de arroz es tan claro como el agua, pero tan fuerte que muchos de nuestra tripulación se embriagaron. Lo llaman *arach*.

Seis días después, el rey nos envió otras tres piraguas muy bien adornadas, que dieron la vuelta a nuestras naves al son de zamponas, timbales y tambores. Los hombres nos saludaban sacándose sus bonetes de tela, que son tan pequeños que apenas les cubren la corona. Les devolvimos el saludo con nuestras bombardas sin cargar. Nos traían varios guisados, hechos todos con arroz, ya en pedazos oblongos, envueltos en hojas, ya en la forma cónica de un pan de azúcar, ya en la de torta con huevos y miel.

Después de habernos hecho estos regalos a nombre del rey, nos dijeron que le placía que hiciésemos en la isla nuestra provisión de agua y leña y que podíamos comerciar con los isleños tanto como quisiésemos. Con esta respuesta, determinamos ir en número de siete a llevar al rey, a la reina y a ciertos ministros algunos presentes. El destinado al rey consistía en un vestido a la turquesa, de terciopelo verde, una silla de la misma tela, de color violeta, cinco brazas de paño rojo, un bonete, una taza de vidrio dorado, otra con su tapa, un tintero dorado y tres cuadernos de papel; a la reina le llevamos tres brazadas de paño amarillo, un par de zapatos plateados y un estuche de plata lleno de alfileres; para el gobernador o ministro del rey, tres brazadas de paño rojo, un bonete y una taza de vidrio dorado; para el rey de armas o heraldo, que había venido con la piragua, un vestido a la turquesa de paño rojo y verde, un bonete y un cuaderno de papel; y a los otros siete personajes de cuenta, que le habían acompañado, les preparamos también regalos, como algunas varas de tela, un bonete o un cuaderno de papel. Cuando todos los regalos estuvieron listos, entramos a una de las tres piraguas.

Habiendo llegado a la ciudad, nos fue preciso permanecer dos horas en la embarcación, esperando la llegada de dos elefantes, cubiertos de seda, y de doce hombres, cada uno de los cuales cargaba un vaso de porcelana adornado con seda para colocar en ellos los presentes que llevábamos. Subimos sobre los elefantes, precedidos por los doce hombres que llevaban nuestros regalos en sus vasos, yendo así hasta la casa del gobernador, quien nos festejó con una cena de varios guisos. Pasamos la noche en colchones de algodón forrados en seda,

y en sábanas de tela de Cambaya.

Al día siguiente gastamos la mañana en casa del gobernador sin hacer nada. A mediodía fuimos al palacio real, íbamos montados en los mismos elefantes y precedidos por los hombres que llevaban los presentes. Desde la casa del gobernador hasta el palacio del rey, todas las calles estaban guardadas por hombres con lanzas, espadas y mazas, según orden expresa del soberano.

Siempre sobre nuestros elefantes entramos al patio del palacio; donde, habiendo descendido, subimos por una escalera, acompañados del gobernador y de algunos oficiales, entrando en seguida a un salón lleno de cortesanos, que podríamos llamar los pares del reino. Ahí nos sentamos sobre un tapiz, habiéndose colocado los presentes cerca de nosotros.

Hacia el extremo de este salón había otra sala poco menor, tapizada de paños de seda, donde, corridas dos cortinas de brocado, pudimos ver dos ventanas que daban luz a la habitación, en la cual se hallaban trescientos hombres de la guardia del rey, armados de puñales, cuyas puntas apoyaban sobre sus muslos.

Al final de esta sala había una gran puerta cerrada también por una cortina de brocado que, al alzarse, nos permitió divisar al rey sentado delante de una mesa, mascando betel, acompañado de un niño pequeño. Tras de él no había más que mujeres.

Entonces uno de los cortesanos nos previno que no nos era lícito hablar al rey, pero que si queríamos decirle algo, podíamos dirigirnos a él, quien lo transmitiría a un cortesano de un rango más elevado, éste al hermano del gobernador que se hallaba en la sala pequeña, quien, a su turno, por medio de una cerbatana colocada en un agujero de la pared, expondría nuestra embajada a uno de los principales oficiales que se hallaban cerca del rey para decírsela.

Nos advirtió que era necesario le hiciésemos al rey tres reverencias levantando nuestras manos juntas en alto sobre la cabeza y alternativamente uno y otro pie. Habiendo hecho las tres reverencias de la manera como nos lo habían indicado, hicimos decir al rey que éramos vasallos del soberano de España, que si quería vivir en paz con él, y que no deseábamos otra cosa que poder comerciar en su isla.

El rey nos hizo responder que le placía en extremo que el de España fuese su amigo, y que nosotros podíamos, dentro de sus estados, proveernos de agua y de leña y comerciar a nuestro agrado.

Le ofrecimos entonces los presentes que habíamos llevado para él, haciendo un pequeño movimiento de cabeza a cada cosa que recibía. A cada uno de nosotros se nos regaló brocatel y paños de oro y de seda, que se nos colocaban sobre el hombro izquierdo y nos los quitaban en seguida para guardárnoslos. Se nos sirvió un almuerzo de clavo de olor y de canela, después de lo cual se corrieron todas las cortinas y se cerraron las ventanas.

Todos los que estaban en el palacio real llevaban alrededor de la cintura paños de oro para cubrir sus vergüenzas, puñales con mangos de oro guarnecidos de perlas y de pedrería, y varios anillos en los dedos.

Volvimos a subir sobre los elefantes para regresar a casa del gobernador. Siete hombres, llevando los presentes que el rey acababa de hacernos, marchaban delante de nosotros. Cuando hubimos llegado a ella, se nos entregó a cada uno el regalo del rey, colocándolo sobre nuestro hombro izquierdo, como se había hecho antes. Como propina obsequiamos dos cuchillos a cada uno de los siete hombres que nos habían acompañado.

En seguida vimos llegar a casa del gobernador nueve hombres trayendo cada uno un plato de madera, sobre cada uno de los cuales había de diez a once tazones de porcelana conteniendo carnes de diferentes animales, es decir, de ternera, de capón, gallina, pavo y otros, con varias especies de pescado: sólo de carne había más de treinta manjares diferentes.

Cenamos sentados en el suelo sobre una estera de palmera. A cada pedazo que se comía era necesario beber, en una taza de porcelana del tamaño de un huevo, del licor fabricado del arroz destilado. Comimos también arroz y otras viandas hechas con azúcar, con cucharas de oro semejantes a las nuestras. Nos acostamos en el mismo lugar en que habíamos pasado la noche precedente, donde ardían siempre dos luces de cera blanca puestas sobre candeleros de plata, dos grandes lámparas de aceite, de cuatro mechas cada una, para cuyo cuidado velaron continuamente dos hombres.

[Al día siguiente](#) nos trasladamos a la playa, donde nos esperaban dos piraguas que debían conducirnos a bordo.

La ciudad está edificada a la orilla misma del mar, con excepción de la casa del rey y las de algunos de los principales jefes. Contiene veinticinco mil fuegos o familias. Las casas son construidas de madera, sostenidas por gruesos postes que las preservan del agua.

Cuando sube la marea, las mujeres que venden las cosas necesarias a la vida, atraviesan la ciudad en barcas. Delante de la casa del rey existe una gran muralla edificada con ladrillos gruesos, con barbacanas a manera de fortaleza, sobre la cual se ven cincuenta y seis bombardas de bronce y seis de hierro, con las que dispararon varios tiros mientras permanecimos en la ciudad.

El rey, que es moro, se llama raja Siripada; es bastante obeso y puede tener cerca de cuarenta años. Está servido sólo por mujeres, hijas de los principales habitantes de la isla. Nadie puede hablarle sino por medio de una cerbatana, según nos vimos obligados a hacerlo nosotros mismos. Tiene diez cronistas ocupados únicamente en escribir lo que le concierne, sobre cortezas de árbol muy delgadas que llaman *chirítóles*. No sale jamás del palacio sino para ir de caza.

En [la mañana del 29 de julio](#), que era lunes, vimos venir hacia nuestras naves más de cien piraguas, divididas en tres escuadras, con otros tantos tungulis, o sea sus pequeñas barcas. Como temíamos ser atacados a traición, nos hicimos inmediatamente a la vela, y eso con tanta precipitación que nos vimos obligados a abandonar un ancla. Nuestras sospechas aumentaron cuando nos fijamos en varias embarcaciones grandes llamadas juncos, que el día precedente habían venido a fondear por la popa de nuestras naves, lo que nos hizo temer ser asaltados por todos lados.

Nuestro primer cuidado fue librarnos de los juncos, contra los cuales hicimos fuego, de suerte que en ellos matamos mucha gente. Cuatro de ellos quedaron en nuestro poder y los otros cuatro restantes se salvaron yendo a dar en tierra.

En uno de los juncos que tomamos se hallaba el hijo del rey de la isla de Lozón, que era el capitán general del rey de Burné, y que acababa de conquistar con sus juncos una gran ciudad llamada Laoé¹, edificada sobre una punta de la isla, hacia la gran Java. En esta expedición había saqueado esa ciudad porque sus habitantes preferían obedecer al rey gentil de Java antes que al rey moro de Burné.

Juan Carvallo, nuestro piloto, sin decirnos una palabra, puso en libertad a este capitán, movido, según lo supimos después, por una fuerte suma de oro que le había ofrecido. Si le hubiésemos conservado, el rey Siripada nos habría dado, sin duda alguna, por su rescate todo lo que hubiéramos querido, porque se había hecho formidable a los gentiles, que son enemigos del rey moro.

En el puerto en que nos hallábamos no existe sólo la ciudad de que Siripada es señor, sino también otra habitada por gentiles, edificada igualmente a orillas del mar, y aun más grande que la de los moros. La enemistad entre ambos pueblos es tan grande que casi no se pasa día sin que ocurran querellas y combates. El rey de los gentiles es tan poderoso como el de los moros, aunque no tan vano, y aun parece que sería fácil introducir el cristianismo en sus dominios.

El rey moro, habiendo sido informado del daño que acabábamos de hacer a sus juncos, se apresuró a manifestarnos, por medio de uno de los nuestros de los que se habían establecido en tierra para comerciar, *que dichas embarcaciones no venían contra nosotros, pues no hacían sino pasar para llevar la guerra a los gentiles*; y para probárnoslo nos mostraron algunas cabezas de estos últimos muertos en la batalla.

Con esto hicimos decir al rey que si lo que nos manifestaba era verdadero, no tenía más que enviarnos a los dos hombres que permanecían en tierra con las mercancías y al hijo de Juan Carvallo, en lo que no quiso consentir. Así fue castigado Carvallo con la pérdida de su hijo (que había nacido cuando estuvo en el Brasil), que habría sin duda recobrado en cambio del capitán general que puso en libertad por oro. Retuvimos a bordo a dieciséis de los principales de la isla y a tres mujeres que pensábamos conducir a España para presentarlas a la reina,

¹ Laoé no es una ciudad sino una pequeña isla situada hacia la parte meridional de Burné. Pigafetta, que no estuvo en ella, sin duda entendió mal lo que le dijeron a su respecto.

pero que Carvallo se guardó para sí.

Los moros andan desnudos, como todos los habitantes de estas regiones. Estiman sobre todo el azogue, que beben pretendiendo que conserva la salud y cura las enfermedades. Adoran a Mahoma y siguen su ley, por cuya razón no comen jamás carne de puerco. Se lavan el trasero con la mano izquierda, de la cual no se sirven jamás para comer, y no orinan de pie sino al uso de las mujeres. Se lavan la cara con la mano derecha, pero no se frotran jamás los dientes con los dedos.

Son circuncidados como los judíos. No matan cabras ni gallinas sin dirigirse de antemano al sol. Cortan a las gallinas las extremidades de las alas y la piel que tienen debajo de las patas, y en seguida las parten en dos. No comen de animal alguno que no haya sido muerto por ellos mismos.

Esta isla produce alcanfor, especie de bálsamo que exuda gota a gota de entre la corteza y el tronco del árbol: estas gotas son tan pequeñas como los granos del salvado. Si se deja el alcanfor expuesto al aire, se evapora insensiblemente. El árbol que lo produce se llama *capor*. Se encuentran también canela, jengibre, mirabolanos, naranjos, limones, caña de azúcar, melones, cidras cayotas, rábanos, cebollas, etcétera. Entre los animales hay elefantes, caballos, búfalos, cerdos, cabras, gallinas, gansos, cuervos y varias otras especies de aves.

Se dice que el rey de Burné posee dos perlas tan grandes como huevos de gallina y tan perfectamente redondas, que, colocándolas sobre una mesa bien lisa, no se están jamás quietas. Cuando le llevamos nuestros presentes, le manifesté por señas que deseaba mucho verlas, y aunque prometió mostrárnoslas, no lo merecimos, pero algunos de los jefes me dijeron que el hecho era exacto.

Pesos y monedas

Los moros de este país usan una moneda de bronce con un agujero para ensartarla: de un lado tiene cuatro letras, que son los cuatro caracteres del gran rey de la China. La llaman *pici*. En nuestros tratos, nos daban por un *cathil* de mercurio, o sea por un peso de dos libras, seis tazones de porcelana, y por un cuaderno de papel nos daban aún más. El *cathil* de bronce nos valía un pequeño vaso de porcelana; tres cuchillos, uno más grande, y ciento sesenta *cathiles* de bronce un *bahar* de cera. El *bahar* tiene un peso de doscientos tres *cathiles*. Por ochenta *cathiles* un *bahar* de sal, y por cuarenta un *bahar* de *anime*, especie de goma, de que se sirven para calafatear las embarcaciones, porque en este país no hay alquitrán. Veinte *tabils* hacen un *cathil*. Las mercaderías que aquí se prefieren son cobre, mercurio, cinabrio, vidrio, géneros de lana y las telas; pero sobre todo el hierro y los anteojos.

Los juncos de que hemos hablado son sus embarcaciones más grandes. He aquí cómo están hechas: la obra viva, hasta dos palmos de la obra muerta, con tablones unidos por amarras de madera; su construcción es bastante buena.

En la parte superior llevan cañas muy gruesas que sobresalen de los bordes del junco para formar contrapeso. Estos juncos cargan tanto como nuestros buques. Los mástiles son hechos de las mismas cañas, y las velas, de corteza de árbol.

Habiendo visto en Burné mucha porcelana, quise tomar mis informaciones a este respecto, y se me dijo que la hacían de una especie de tierra muy blanca, que dejan enterrada durante medio siglo para retinarla, de suerte que usan el proverbio de que el padre se entierra para el hijo. Pretenden que si se echa veneno en uno de estos vasos, se triza inmediatamente.

La isla de Burné es tan grande que para bojearla se necesitarían tres meses. Está situada hacia los 5° 15' de latitud septentrional y a 176° 40' de longitud de la línea de demarcación.

Dejan la isla de Burné

Al partir de esta isla volvimos hacia atrás en busca de un sitio a propósito y adecuado para recorrer nuestras naves, una de las cuales tenía una considerable vía de agua, y la otra, falta de piloto, había dado contra un bajo cerca de una isla llamada Bibalón; pero, a Dios gracias, la pusimos de nuevo a flote.

Corrimos también otro gran peligro: un marinero, al despabilar una vela, por inadvertencia, arrojó una mecha encendida en una caja de pólvora de cañón, pero anduvo tan presto en retirarla que la pólvora no alcanzó a encenderse.

De camino vimos cuatro piraguas, de las cuales tomamos una cargada con cocos, destinada a Burné, cuya tripulación se salvó en una isla pequeña. Las otras tres escaparon, retirándose detrás de unos islotes.

Sigue la navegación

Entre la punta norte de Burné y la isla de Cimbonbón, hacia los 8° 7' de latitud septentrional, encontramos un puerto muy adecuado para recorrer nuestras naves, pero como carecíamos de muchas cosas necesarias a este fin, nos vimos obligados a emplear en esta operación **cuarenta y dos días**, trabajando todos lo mejor que podíamos, de una manera o de otra. Lo que más nos costaba era ir a buscar la madera en los bosques, porque todo el terreno estaba cubierto de zarzas y arbustos espinosos y nos hallábamos todos descalzos.

Hay en esta isla jabalíes muy grandes, habiendo nosotros muerto uno **que pasaba a nado de una isla a otra**; su cabeza, armada de colmillos muy gruesos, tenía dos palmos y medio de largo. Se encuentran también en ella cocodrilos, que habitan indistintamente en la tierra y en el mar; ostras, mariscos de toda especie y tortugas muy grandes.

Nosotros cogimos dos, la carne sola de una de las cuales pesaba veintiséis libras

y la de la otra cuarenta y cuatro. Pescamos también un pez, cuya cabeza, parecida a la del cerdo, tenía dos cuernos, el cuerpo revestido de una sustancia ósea, y en el espinazo una especie de silla; pero no era muy grande.

Lo que he encontrado de más extraordinario son árboles cuyas hojas caídas tienen cierta vida. Estas hojas se parecen a las del moral, salvo que son menos largas; su pecíolo es corto y puntiagudo, y cerca de él, de uno y otro lado, dos pies: si se les toca se escapan, pero no echan sangre cuando se las revienta. Metí una de ellas en una caja y cuando abrí ésta después de nueve días, la hoja se paseaba por todo el interior: pienso que se mantienen del aire².

Al salir de esta isla, es decir, del puerto, encontramos un junco que venía de Burné; y como, habiéndole hecho señal de que se detuviese, no hubiese querido obedecer, lo perseguimos, lo tomamos y lo saqueamos. Conducía al gobernador de Palaoán con uno de sus hijos y a su hermano, condenando a aquél a pagar como rescate, en el espacio de siete días, cuatrocientas medidas de arroz, veinte cerdos, otras tantas cabras y ciento cincuenta gallinas.

No solamente nos dio todo lo que le pedimos, sino que voluntariamente añadió cocos, plátanos, cañas de azúcar y vasos llenos de vino de palmera. Para corresponder a su generosidad le devolvimos una parte de sus puñales y fusiles, dándole además un estandarte, un traje de damasco amarillo y quince brazas de tela. A su hijo le obsequiamos una capa de paño azul, etc., y su hermano recibió un traje de paño verde. Hicimos también regalos a las personas que iban con ellos, de suerte que nos separamos en buena armonía.

Tornamos hacia atrás para volver a pasar entre la isla de Cagayán y el puerto de Chipit, corriendo al este cuarta al sudeste, siguiendo en busca de las islas Molucas. Pasamos cerca de ciertos islotes, donde vimos el mar cubierto de hierbas, a pesar de su gran profundidad, por lo cual nos parecía hallarnos en otros parajes.

Dejando Chipit al este, reconocimos al oeste las dos islas de Zolo y Taghima, donde, según se nos dijo, se pescan las perlas más hermosas y donde se encontraron las del rey de Burné de que he hablado. He aquí cómo se hizo dueño de ellas. Este rey estaba casado con una hija del de Zolo, la cual le dijo un día que su padre poseía estas dos grandes perlas, y habiendo asaltado al rey de Burné el deseo de poseerlas, una noche partió con quinientas embarcaciones llenas de hombres armados, se apoderó del rey de Zolo, su suegro, y de dos de sus hijos, y sólo les devolvió la libertad cuando le hubieron entregado las dos perlas dichas.

Siguiendo singlando al este cuarta del noroeste, pasamos a lo largo de dos rancherías llamadas Cavit y Subanín, y cerca de una isla igualmente habitada, llamada Monoripa, a diez leguas de los islotes de que acabo de hablar. Los habitantes de esta isla no tienen casas, viviendo siempre en sus embarcaciones.

Las aldeas de Cavit y Subanín están situadas en las islas de Butuán y Calagán,

² Como se comprenderá, Pigafetta ha confundido una hoja con un insecto.

donde crece la mejor canela. Si hubiéramos podido detenernos allí algún tiempo, habríamos cargado la nave, pero no pudimos hacerlo por aprovechar del viento, porque debíamos doblar una punta y pasar algunas islas que la rodean. De camino, algunos isleños se aproximaron a nosotros y nos dieron diecisiete libras de canela a cambio de dos grandes cuchillos que habíamos tomado al gobernador de Palaoán.

Habiendo visto el canelo, puedo dar su descripción.

Tiene de cinco a seis pies de alto y no es más grueso que el dedo.

Sus ramas no pasan jamás de tres o cuatro y sus hojas se asemejan a las del laurel: la canela de que hacemos uso es su corteza, la cual se cosecha dos veces por año.

La madera misma y las hojas poseen idéntico sabor de la corteza. Se la llama *cainmaná* (de donde ha venido el nombre de *cinnamomum*) porque *cain* significa madera, y *maná*, dulce.

Habiendo dejado el cabo al nordeste, nos dirigimos a una ciudad llamada Mindanao, situada en la misma isla en que están Butuán y Calagán, para tomar un conocimiento exacto de la posición de las islas Molucas.

Habiendo encontrado en nuestro camino un bignaday, embarcación que se asemeja a una piragua, determinamos tomarla: pero como esto no se hizo sin hallar alguna resistencia, matamos a siete de los dieciocho hombres que formaban la tripulación del bignaday, que eran mejor conformados y más robustos que todos los que habíamos visto hasta entonces. Eran jefes de Mindanao, entre los cuales estaba el hermano del rey, quien nos aseguró que conocía perfectamente la situación de las islas Molucas.

En busca de las Molucas

En vista de sus datos, cambiamos de dirección, dejando el cabo al sudeste. Nos hallábamos entonces hacia el 6° 7' de latitud norte y a distancia de treinta leguas de Cavit.

Se nos dijo que en un cabo de esta isla, cerca de un río, hay hombres velludos, grandes guerreros y sobre todo famosos arqueros. Usan dagas de un palmo de largo, y cuando cogen algún enemigo le comen el corazón crudo, sazónándolo con ácido de naranja o de limón. Se les llama benayanos.

En nuestra ruta hacia el sudeste, encontramos cuatro islas nombradas Ciboco, Biraham-Batolach, Sarangani y Candigar. El sábado 26 de octubre, a la entrada de la noche, costeano la isla de Biraham-Batolach, nos asaltó una borrasca, durante la cual amainamos las velas y pedimos a Dios que nos salvase, viendo entonces en la punta de los mástiles a nuestros tres santos que disiparon la oscuridad, conservándose allí por más de dos horas, San Telmo en el palo mayor, San Nicolás en el de mesana y Santa Clara en el trinquete. En reconocimiento de la gracia que nos habían acordado, prometimos a cada uno de ellos un esclavo, y les hicimos también una ofrenda.

Siguiendo nuestra derrota, entramos en un puerto situado en la mitad de la isla de Sarangani,

hacia Candigar, y fondeamos en él cerca de una ranchería de los indígenas, donde hay bastantes perlas y oro.

Este puerto está situado hacia los 5° 9', a cincuenta leguas de Cavit, y sus habitantes son gentiles y andan desnudos como los de todos los demás pueblos de estos parajes.

Nos detuvimos allí un día, tomando por fuerza dos pilotos que nos condujeran a las islas Molucas. Según su parecer, corrimos al sud sudoeste, pasando por medio de ocho islas, en parte habitadas y en parte desiertas, que forman una especie de calle. He aquí sus nombres: Cheava, Caviao, Cabiao, Camanuca, Cabaluzao, Cheai, Lipán y Nuza, al fin de las cuales nos encontramos frente a una isla bastante hermosa; pero teniendo el viento contrario, no pudimos jamás doblar la punta, de manera que durante toda la noche nos vimos obligados a dar bordos. En esta ocasión fue cuando los prisioneros que habíamos hecho en Sarangani saltaron del buque y se escaparon a nado con el hermano del rey de Mindanao, aunque después supimos que su hijo, no habiendo podido sostenerse en la espalda de su padre, se había ahogado.

Viendo la imposibilidad de doblar la punta de la isla grande, la pasamos al fin, merced al viento, cerca de varias pequeñas islas. La grande, que se llama Sanghir, está gobernada por cuatro reyes cuyos nombres son: raja Matandatu, raja Laga, raja Bapti y raja Parabu. Se halla situada hacia los 3° 30' de latitud septentrional, y a veintisiete leguas de Sarangani.

Continuando nuestro curso siempre en la misma dirección, pasamos cerca de cinco islas llamadas Cheoma, Carachita, Para, Sangalura, Ciau, la última de las cuales dista diez leguas de Sanghir. Se ve en ella una montaña bastante extensa pero de poca elevación, y su rey se llama raja Ponto.

Llegamos a la isla de Paghinzara, donde se ven tres altos montes y cuyo rey se llama raja Babintán. A doce leguas hacia el este de Paghinzara, encontramos, además de Talaut, dos islas pequeñas, habitadas: Zoar y Mean.

El miércoles 6 de noviembre, habiendo pasado estas islas, reconocimos otras cuatro bastante altas, a catorce leguas hacia el este. El piloto que habíamos tomado en Sarangani nos dijo que ésas eran las islas Molucas. Dimos entonces gracias a Dios y en señal de regocijo hicimos una descarga general de artillería; no debiendo extrañarse la alegría que experimentamos a la vista de estas islas, si se considera que hacía veintisiete meses menos dos días que corríamos los mares y que habíamos visitado una multitud de islas buscando siempre las Molucas.

Los portugueses han dicho que las Molucas se hallan situadas en medio de un mar impracticable a causa de los bajos de que se encuentra sembrado y de la atmósfera cubierta de nieblas; sin embargo nosotros comprobamos lo contrario, y jamás encontramos menos de cien brazas de agua, aun en las mismas Molucas.

Con el rajá sultán Manzor de Tadore

El viernes 8 de noviembre, tres horas antes de la puesta del sol, entramos en el puerto de una isla llamada Tadore, yendo a fondear cerca de tierra, en veinte brazas de agua, haciendo una descarga de toda nuestra artillería.

Al día siguiente el rey se presentó en una piragua y dio la vuelta a nuestras naves, y habiendo salido a su encuentro con nuestras chalupas para manifestarle nuestro reconocimiento, nos hizo entrar en su piragua, en la cual nos colocamos a su lado. Estaba sentado bajo un quitasol de seda que lo cubría enteramente; delante de él se hallaba uno de sus hijos que tenía el real cetro; dos hombres, cada uno con un vaso lleno de agua para que se lavase las manos, y otros dos con dos pequeños cofres dorados llenos de betel.

Nos felicitó por nuestra llegada diciéndonos que *desde hacía largo tiempo había soñado que algunas naves debían llegar al Maluco desde países lejanos, y que para asegurarse si este sueño era verdadero, había observado la luna, donde había notado que estas naves venían efectivamente en camino, y que así nos aguardaba.*

En seguida subió a nuestras naves, habiéndole todos nosotros besado la mano; se le condujo hacia el castillo de popa, donde para no verse obligado a agacharse no quiso entrar sino por la abertura superior. Ahí le hicimos sentar en una silla de terciopelo rojo, le vestimos un traje a la turquesa de terciopelo amarillo, y para manifestarle mejor nuestro respeto, nos sentamos todos en el suelo a su frente.

Cuando supo quiénes éramos y cuál era el objeto de nuestro viaje, nos expresó que *tanto él como sus súbditos tendrían gusto en ser los amigos y vasallos del rey de España; que nos recibiría en su isla como a sus propios hijos; que podíamos bajar a tierra y permanecer en ella como en nuestra propia casa; y que, por amor al rey nuestro soberano, quería que en adelante su isla no se llamase más Tadore sino Castilla.*

Le obsequiamos entonces la silla en que estaba sentado y el vestido que le habíamos puesto. Le dimos también una pieza de paño fino, cuatro frazadas de escarlata, un vestido de brocado, un paño de damasco amarillo, otros de la India, tejidos en seda y oro, una pieza de tela de Cambaya muy blanca, dos bonetes, seis sartas de cuentas, doce cuchillos, tres espejos grandes, seis tijeras, seis peines, algunas tazas de vidrio dorado y otras cosas. Regalamos a su hijo un paño de la India, de oro y seda, un espejo grande, un bonete y dos cuchillos, y a cada uno de los nueve principales personajes que le acompañaban, un paño de seda, un bonete y dos cuchillos. Hicimos también algunos presentes a todos los demás de su séquito, como un bonete, un cuchillo, etcétera, hasta que el rey nos previno que no diésemos más.

Nos dijo que *sentía no tener nada que presentar al rey de España, que fuese digno de él, pues no podía ofrecer más que su persona.*

Nos aconsejó que aproximásemos nuestras naves hacia las habitaciones, y que si alguno de los suyos osaba, durante la noche, venir a robarnos,

que le matásemos a tiros de fusil. En seguida se retiró muy satisfecho de nosotros, pero sin querer jamás inclinar la cabeza, a pesar de todas las reverencias que le prodigamos. A su partida hicimos una descarga general de artillería.

Este rey es moro, es decir, árabe, de edad de cerca de cuarenta y cinco años, bien conformado y de hermoso rostro. Su traje consistía en una camisa muy fina, con mangas bordadas en oro; un ropaje le descendía desde la cintura hasta los pies, y un velo de seda le cubría la cabeza con una guirnalda de flores sobrepuestas.

Llámase rajá sultán Manzor. Es grande astrólogo.

El 10 de noviembre, día domingo, tuvimos una nueva entrevista con el rey, en la cual nos preguntó cuáles eran nuestros sueldos y cuál la ración que el rey de España nos tenía señalados. Habiendo satisfecho su curiosidad, nos rogó también que *le diésemos un sello y un pabellón real*, queriendo, según decía, *que tanto su isla como la de Tarenate, en la cual se proponía colocar como rey a su sobrino Calanogapi, estuviesen en adelante sometidas al rey de España, en cuyo honor combatirían en lo porvenir; y que, si por desgracia se viera obligado a sucumbir ante sus enemigos, pasaría a España en una de sus propias naves y llevaría consigo el sello y el pabellón*. Nos suplicó, en seguida, que le dejásemos con él a algunos de los nuestros, que le serían mucho más caros que todas nuestras mercaderías, las cuales, añadió, *no le traerían a la memoria durante tan largo tiempo como nuestras personas el recuerdo del rey de España y el nuestro*.

Viendo el interés que manifestábamos en cargar nuestras naves de clavo, nos dijo que no teniendo en su isla bastante seco para llenar nuestros pedidos, iría a buscar a la isla de Bachián, donde esperaba encontrar la cantidad que necesitábamos.

Por ser domingo ese día no hicimos ninguna compra. El día de fiesta para estos isleños es el viernes.

Las Malucas de las especias

Os será agradable, sin duda, monseñor, tener algunos detalles acerca de las islas en que crecen las especias. Son cinco: Tarenate, Tadore, Mutir, Machián y Bachián, de las cuales la principal es Tarenate. El último soberano dominaba casi enteramente sobre las cuatro restantes.

Tadore, donde entonces nos hallábamos, tiene su rey particular. Mutir y Machián no tienen rey: su gobierno es popular; y cuando los reyes de Tarenate y de Tadore se hallan en guerra entre sí, estas dos repúblicas democráticas suministran combatientes a los dos partidos. La última es Bachián, la cual tiene también su rey. Toda esta provincia en que crece el clavo se llama Maluco.

Francisco Serrano, portugués

Cuando llegamos a Tadore, nos dijeron que ocho meses antes había muerto ahí un tal Francisco Serrano, portugués, que era capitán general del rey de Tarenate, entonces en guerra con el de Tadore, a quien obligó a dar a su hija en matrimonio a su soberano, y además, en rehenes, todos los hijos varones de los señores de Tadore, con cuyo arreglo se llegó a establecer la paz.

De este matrimonio nació el nieto del rey de Tadore, llamado Calanopagui, de que he hablado. Sin embargo, el rey de Tadore no perdonó jamás sinceramente a Francisco Serrano, jurando que se había de vengar de él; y en efecto, algunos años después, habiendo Serrano ido a Tadore para comprar clavo, el rey le hizo dar un veneno en hojas de betel, de suerte que murió cuatro días después. El rey quiso hacerle enterrar según los usos del país, a lo cual se opusieron tres domésticos cristianos que Serrano había traído consigo. Serrano dejó, al morir, un hijo y una hija todavía niños, que había tenido con una mujer con quien se había casado en Java, consistiendo toda su fortuna en doscientos buhars de clavo.

Serrano había sido grande amigo y aun pariente de nuestro infortunado comandante, habiendo sido él quien le determinó a que emprendiese este viaje; porque, desde la época en que Magallanes se encontraba en Malaca, había sabido por cartas de Serrano, establecido en Tadore, que existía allí un comercio ventajoso que hacer. Magallanes no había olvidado lo que Serrano le escribiera, cuando el difunto rey de Portugal, don Manuel, rehusó aumentar su sueldo en medio ducado por mes, recompensa que creía haber merecido bien por los servicios que había prestado a la corona. En venganza, se vino a España y propuso a Su Majestad el Emperador ir a Maluco por el oeste, lo que consiguió.

Diez días después de la muerte de Serrano, el rey de Tarenate, llamado raja Abuleis, que estaba casado con una hija del rey de Bachián, declaró la guerra a su yerno y le expulsó de su isla. Su hija se fue entonces donde él para ser mediadora entre su padre y su marido, envenenando a aquél, que sólo sobrevivió dos días al tósigo. Murió dejando nueve hijos, cuyos nombres son: Chechili-Momuli, Jadore-Vunghi, Chechilideroix, Cilimanzur, Celipagi, Chialichechilin, Cataravajecu, Serch y Calanogapi.

[Lunes 11 de noviembre](#), Chechilideroix, uno de los hijos del rey de Tarenate a quien acabamos de nombrar, se acercó a nuestras naves en dos piraguas en que había tocadores de timbales. Estaba vestido con un traje de terciopelo rojo, y según supimos enseguida, andaba con la viuda e hijos de Serrano. Sin embargo no se atrevió a subir a bordo y nosotros no quisimos invitarle sin consentimiento del rey de Tadore, su enemigo, en cuyo puerto estábamos, y a quien habiéndole preguntado si podíamos recibirle, nos hizo responder que éramos dueños de hacer lo que gustásemos.

Durante este intervalo, Chechilideroix, viendo nuestras vacilaciones y concibiendo algunas sospechas, se alejó de nosotros, en vista de lo cual nos resolvimos a alcanzarle en la chalupa, regalándole

una pieza de paño de la India, de seda y de oro, y algunos espejos, cuchillos y tijeras, que aceptó de mala gana, partiendo en seguida.

Tenía consigo un indio que se había hecho cristiano, llamado Manuel, doméstico de Pedro Alfonso de Lorosa, quien, después de la muerte de Serrano, había venido de Bandán a Tarenate. Este Manuel, que hablaba el portugués, vino a nuestro buque y nos dijo que los hijos del rey de Tarenate, aunque enemigos del rey de Tadore, se hallaban muy dispuestos a abandonar a Portugal para unirse a España. Por su conducto escribimos una carta a Lorosa, invitándole a venir a bordo, sin abrigar el menor temor por lo que a nosotros tocaba. Veremos en seguida que aceptó nuestra invitación.

Informándome de las costumbres del país, supe que el rey puede tener cuantas mujeres le agraden, pero que una sola se reputa como su esposa y todas las otras son sus esclavas. Fuera de la ciudad había una gran casa en que se albergaban doscientas de sus mujeres más hermosas, con otras tantas destinadas a su servicio.

El rey come siempre solo o con su esposa, sobre una especie de estrado alto, desde donde ve sentadas a su alrededor a todas las demás mujeres, eligiendo después de comer la que ha de dormir con él la noche siguiente. Cuando el rey ha concluido de comer, sus mujeres lo hacen todas en común, si él quiere, y si no, cada una va a comer por separado en su habitación. Nadie puede ver a las mujeres del rey sin un permiso expreso de su parte, y si algún imprudente osase acercarse a su residencia de día o de noche, le matarían en el acto. Para proveer de mujeres el serrallo del rey, cada familia está obligada a suministrarle una o dos jóvenes. El raja sultán Manzor tenía veintiséis hijos, ocho hombres y dieciocho mujeres. En la isla de Tadore había una especie de obispo que tenía cuarenta mujeres y gran número de hijos.

Factoría comercial en Tadore

El martes 12 de noviembre el rey hizo construir en un día un galpón para nuestras mercaderías, al cual llevamos todas las que habíamos destinado a hacer cambios, despachando a tres de los nuestros para que las cuidasen.

He aquí cómo se fijó el valor de las mercaderías que contábamos dar a cambio de clavo. Por diez brazadas de paño rojo de buena calidad, se nos debía dar un bahar de clavo. El bahar tiene cuatro quintales y seis libras y cada quintal pesa cien libras. Por quince brazadas de paño de mediana calidad, un bahar, y otro tanto por quince hachas o por treinta y cinco tazas de vidrio.

Trocamos luego de esta manera todas nuestras mercaderías con el rey. Por diecisiete cathils de cinabrio o de mercurio, o por veintiséis brazadas de tela, un bahar, y si la tela era más fina, sólo dábamos veinticinco brazadas. Por ciento cincuenta cuchillos o cincuenta pares de tijeras, o cuarenta bonetes, o por diez brazadas de paño de buzerate (de Gujarat), o por tres de sus timbales,

o por un quintal de cobre, un bahar.

Habríamos sacado un buen partido de los espejos, pero la mayor parte se quebró en el camino y el rey se apropió de casi todos los que habían llegado sanos.

Una parte de nuestras mercaderías provenía de los juncos de que he hablado ya. Por este medio hemos hecho, sin duda, un negocio bien ventajoso, a pesar de que no hemos sacado toda la utilidad que hubiéramos podido esperar, a causa de que deseábamos apresurar a toda costa nuestro regreso a España.

Además del clavo, hacíamos todos los días una buena provisión de víveres, pues los indígenas llegaban a cada momento con sus barcas trayéndonos cabras, gallinas, cocos, plátanos y otros comestibles que nos daban por cosas de poco valor. Hicimos también una considerable provisión de cierta agua excesivamente caliente (termal), pero que, puesta al aire, se ponía fría en el espacio de una hora. Preténdese que esto viene de que el agua nace de la montaña en que se crían las especias.

En esto reconocimos la impostura de los portugueses que pretenden hacer creer que se carece enteramente de agua dulce en las islas Molucas, y que es necesario ir a buscar a países lejanos.

Al día siguiente, el rey envió a su hijo Mossahap a la isla de Mutir para buscar el clavo que nos faltaba para completar nuestro cargamento.

Los indios que habíamos tomado en el camino encontraron Ocasión de hablar al rey, quien, interesándose por ellos, nos pidió que se los entregásemos para remitirlos a su país acompañados de cinco isleños de Tadore, que tendrían así Ocasión de elogiar al rey de España y hacer el nombre español caro y respetado a todos estos pueblos. Le entregamos, pues, las tres mujeres que esperábamos presentar a la reina de España y todos los hombres, con excepción de los de Burné.

El rey nos pidió otro favor: que matásemos todos los cerdos que teníamos a bordo, por los cuales nos ofreció una amplia compensación en cabras y gallinas. Hubimos aun de acceder a ello y, para que los moros no lo notasen, los matamos en el entrepuente, porque tenían tal repugnancia por estos animales que cuando por un acaso se encontraban con alguno cerraban los ojos y se tapaban la nariz para no verlos ni sentirles el olor.

Pedro Alfonso de Lorosa

La misma noche, el portugués Pedro Alfonso de Lorosa, habiendo sabido que el rey le había enviado a buscar para advertirle que, aunque fuese de Tarenate, debía guardarse bien de engañarnos en las respuestas que diese a nuestras preguntas, subió efectivamente a nuestra nave y nos suministró todos los datos que podían interesarnos.

Nos contó que **hacía diez años** que estaba en las Indias, de los cuales había pasado diez en las islas Molucas, a donde había llegado con los primeros portugueses, que ahí estaban de hecho establecidos desde ese tiempo, pero que guardaban el más profundo silencio acerca del descubrimiento de estas islas.

Añadió que **hacia once meses y medio** que un gran barco había venido de Malaca a las islas Molucas para cargar clavo, como lo hizo, pero que el mal tiempo lo había retenido durante algunos meses en Bandán. Este navío venía de Europa, y su capitán, un portugués que se llamaba Tristán de Meneses, refirió a Lorosa que la noticia más importante que por entonces había era que una escuadra de cinco naves había partido de Sevilla al mando de Fernando de Magallanes para ir a descubrir el Maluco en nombre del rey de España; y que el de Portugal, que estaba doblemente irritado por esta expedición, por cuanto uno de sus súbditos trataba de perjudicarlo, había despachado buques al cabo de Buena Esperanza y al de Santa María en el país de los caníbales, para interceptarle el paso en el mar de las Indias; pero que no lo habían encontrado.

Habiendo sabido en seguida que había pasado por otro mar y que iba a las Molucas por el oeste, dispuso que don Diego López de Sichea, su comandante en jefe en las Indias, enviase seis naves de guerra contra Magallanes; pero Sichea, teniendo noticia en estas circunstancias que los turcos preparaban una flota contra Malaca, se había visto obligado a despachar contra ellos sesenta embarcaciones al estrecho de la Meca, en la tierra de Judá; las cuales, habiendo encontrado las galeras turcas encalladas a la orilla del mar, cerca de la bella y fuerte ciudad de Aden, las quemaron todas. Esta expedición había impedido al comandante portugués llevar a cabo la que tenía dispuesta contra nosotros; pero poco tiempo después despachó a nuestro encuentro un galeón con dos baterías de bombardas, mandado por el capitán Francisco Faría, portugués: galeón que tampoco vino a atacarnos a las Molucas, porque, ya fuese por los bajos que se encuentran cerca de Malaca, ya por las corrientes y vientos contrarios que tuvo, se vio obligado a regresarse al puerto de donde había salido.

Lorosa añadió que, pocos días antes, una carabela con dos juncos habían venido a las islas Molucas a saber noticias nuestras, despachando, mientras tanto, los juncos a Bachián para cargar clavo, llevando a bordo siete portugueses, quienes, a pesar de las recomendaciones del rey, por no querer respetar ni las mujeres de los indígenas ni las del mismo rey, fueron todos ultimados. Con esta nueva, el capitán de la carabela juzgó oportuno irse lo más pronto y regresarse a Malaca, después de abandonar en Bachián los dos juncos con cuatrocientos bahares de clavo y una cantidad de mercaderías bastante considerable para obtener otros cien.

Nos añadió que todos los años muchos juncos van de Malaca a Bandán a comprar macis y nuez moscada, de donde pasan a las Molucas a cargar clavo. El viaje de Bandán a las islas Molucas se hace en tres días, y en quince se va de Bandán a Malaca. Este comercio, nos dijo, es el que produce mayores entradas al rey de Portugal, por lo cual lo oculta con empeño a los españoles.

Lo que Lorosa acababa de expresarnos era en extremo interesante para nosotros, por lo cual procuramos persuadirle de que se embarcase en nuestra compañía para Europa, haciéndole esperar que el rey de España le recompensaría muy bien.

El viernes 15 de noviembre, nos dijo el rey que quería ir a Bachián a recoger el clavo que los portugueses habían dejado, pidiéndonos presentes para los gobernadores de Mutir para entregárselos a nombre del rey de España; y habiendo subido a bordo se entretuvo en ver cómo manejábamos nuestras armas, esto es, las ballestas, los fusiles y los versos, que es un arma más grande que un fusil. Disparó aun, en persona, tres tiros de ballesta, pero no quiso por nada tocar los fusiles.

Frente de Tadore hay una isla muy grande, llamada Geailolo, habitada por moros y gentiles. Los moros tienen ahí dos reyes, uno de los cuales, según lo que nos dijo el rey de Tadore, ha tenido seiscientos hijos, y el otro quinientos veinticinco. Los gentiles no tienen tantas mujeres como los moros y son también menos supersticiosos. El primer objeto que encuentran por la mañana es el de su adoración durante todo el día.

El rey de estos gentiles se llama raja Papua, que habita el interior de la isla y es muy rico en oro. En medio de las peñas se ven aquí crecer cañas tan gruesas como la pierna de un hombre, llenas de cierta agua excelente para beber: nosotros compramos varias. La isla de Geailolo es tan grande que una canoa la rodea con trabajo en cuatro meses.

El sábado 16 de noviembre, uno de los reyes moros de Geailolo, que vino con varias embarcaciones, subió a bordo de nuestras naves. Le regalamos una chupa de damasco verde, dos frazadas de paño rojo, algunos espejos, tijeras, cuchillos y peines y dos tazas de vidrio dorado, que le agradaron bastante. Nos dijo con mucha gracia que, puesto que éramos amigos del rey de Tadore, debíamos también serlo suyo, porque amaba a ese rey como a su propio hijo, y nos invitó a que fuésemos a su país, asegurándonos que nos haría tributar grandes honores. Este rey es muy poderoso y respetado en todas las islas de los contornos. Es de una edad muy avanzada y se llama raja Jussu.

Al día siguiente por la mañana, domingo, el mismo rey volvió a nuestra nave, queriendo ver cómo combatíamos y descargábamos nuestras bombardas, lo que hicimos con gran contentamiento suyo, porque había sido muy belicoso en su juventud.

El árbol del clavo

El mismo día bajé a tierra para examinar el árbol que produce el clavo y ver de la manera como da su fruto. He aquí lo que observé: el árbol alcanza una gran altura y su tronco es del espesor del cuerpo de un hombre, más o menos, según la edad del árbol; sus ramas se extienden mucho hacia el medio del tronco, pero en la cúspide forman una pirámide; sus hojas se asemejan a las del laurel y la corteza es de color oliváceo. El clavo nace en la punta de las ramas pequeñas en ramilletes de diez a veinte. Este árbol carga más de un lado que del otro, según las estaciones. El fruto es al principio de color blanco, pero al madurar se enrojece, y cuando se seca se pone negro. Se cosecha dos veces por año, primeramente hacia Navidad y en seguida por el día de San Juan Bautista, es decir, más o menos en los solsticios estacionales, en que el aire está más templado en estas regiones, aunque es más caliente en la de invierno,

a causa de que el sol está entonces en el zenit. Cuando el año es cálido y ha llovido poco, la cosecha del clavo produce, en cada isla, de trescientos a cuatrocientos bahares. El árbol sólo se da en las montañas, de modo que perece cuando se le trasplanta a los valles. Su hoja, la corteza, y aun su parte leñosa, poseen un olor tan fuerte y tanto sabor como el mismo fruto, el cual, si no se recoge en su precisa madurez, se pone tan grueso y tan duro, que sólo la corteza queda servible. De estos árboles no hay sino en las montañas de las cinco islas Molucas, y uno que otro en la isla de Geailolo y en el islote de Mare, entre Tadore y Mutir, pero sus frutos no son tan buenos. Preténdese que las nieblas les dan cierto grado de perfección: lo que hay de cierto es que nosotros vimos diariamente una neblina en forma de pequeñas nubes que envolvía ya a una ya a otra de las montañas de estas islas. Cada habitante poseía algunos de estos árboles, que vigila por sí mismo y cuyos frutos coge, sin preocuparse de su cultivo. En cada isla se da nombre diferente al clavo: le llaman en Tadore *jhomodes*, en Sarangani *bongalaban*, y *chianche* en las islas Molucas.

Esta isla produce también la nuez moscada, que, tanto por su fruto como por sus hojas, se asemeja a nuestras nueces. La nuez moscada, en la época de la cosecha, se parece al membrillo, así por su forma y color, como por la pelusa que lo cubre; pero es más pequeña. La primera corteza es tan dura como la cáscara de nuestra nuez; debajo hay una especie de tejido delgado o más bien de cartílago, y en seguida la macis, de un rojo muy vivo, que envuelve la corteza leñosa, la cual contiene la nuez moscada propiamente dicha.

Esta isla produce también el jengibre, que comen verde a guisa de pan. El jengibre no se da propiamente en un árbol, sino en una especie de arbusto que desprende del suelo vástagos de un palmo de largo, parecidos a los verduguillos de las cañas, a los cuales recuerda también en sus hojas, aunque las de jengibre son más angostas. Estos brotes no sirven para nada, pero en la raíz produce el jengibre que se usa en el comercio. El jengibre verde no es tan fuerte como cuando está seco, y para secarlo, le echan cal, porque de otro modo no se le podría conservar.

Las casas de estos isleños están construidas como las de las islas vecinas, pero no se levantan tanto de tierra y están rodeadas de cañas en forma de vallado. Las mujeres de este país son feas; andan desnudas como las de las otras islas, cubriendo sólo sus órganos genitales con una tela hecha de corteza de árbol. Los hombres andan también desnudos, y a pesar de la fealdad de sus mujeres, son muy celosos. Se manifestaban, sobre todo, disgustados de vernos algunas veces bajar a tierra con las braguetas abiertas, porque se imaginaban que esto podría ofrecer algunas tentaciones a sus esposas. Las mujeres, como los hombres, andan siempre descalzas.

He aquí cómo hacen sus telas de corteza de árbol. Toman un pedazo de corteza y lo echan en el agua hasta que se reblandezca; lo golpean en seguida con palos gruesos para extenderlo en todo sentido, cuanto estiman conveniente, de suerte que llega a asemejarse a una tela de seda cruda con hilos entrelazados interiormente, como si fuese tejida.

Hacen el pan de la madera de un árbol que se asemeja a la palmera, de la manera siguiente: toman un pedazo de esta madera y le quitan ciertas espinas negras y largas; enseguida lo pelan y hacen el pan que llaman sagou. Acopian este pan para sus viajes marítimos.

Los isleños de Tarenate venían diariamente en sus canoas a ofrecernos clavo, pero como esperábamos recibir, no quisimos comprarlo a los otros isleños, contentándonos con cambiarles víveres, de lo cual los habitantes de Tarenate se quejaban mucho.

La [noche del domingo 24 de noviembre](#) volvió a venir el rey, al son de timbales, y pasó entre nuestras naves, habiéndole nosotros saludado con varias descargas de bombardas, para manifestarle nuestro respeto. Nos dijo que en virtud de las órdenes que había dado, dentro de cuatro días nos traería una cantidad considerable de clavo; y en efecto, el lunes nos trajeron ciento setenta y un *catils*, que fueron pesados sin alzar la tara.

Alzar la tara quiere decir tomar las especias por un peso menor del que realmente tienen, rebaja que se acuerda porque cuando cogen los frutos estando frescos, disminuyen de peso y de calidad cuando se secan. Siendo el clavo enviado por el rey el primero que embarcábamos y constituyendo éste el objeto de nuestro viaje, en señal de alegría disparamos varios tiros de bombardas.

El [martes 26 de noviembre](#) el rey nos vino a visitar, diciéndonos que hacía en obsequio nuestro lo que los reyes sus predecesores no habían jamás ejecutado, esto es, salir de su isla; aunque estaba contento de haberse determinado a darnos esta prueba de amistad hacia el rey de España y hacia nosotros, a fin de que pudiéramos partir a nuestro país lo más pronto y regresar en poco tiempo con más fuerzas para vengar a su padre, que había sido muerto en una isla llamada Buru y su cadáver arrojado al mar. Añadió que era costumbre en Tadore que cuando en un navío o en un junco se cargaba el primer clavo, que el rey diese un festín a los mercaderes o marineros de la embarcación, y que hiciese también plegarias para que llegasen con felicidad a su patria. Pensaba, a la vez, dar otro festín al rey de Bachián, que en compañía de su hermano venía a hacerle una visita, para cuyo efecto había hecho limpiar las calles y caminos.

Esta invitación nos inspiró algunas sospechas, tanto más cuanto que acabamos de saber que en el sitio en que hacíamos aguada, tres portugueses habían sido asesinados, poco tiempo antes, por isleños ocultos en un bosque inmediato. Además, se veía frecuentemente a los de Tadore en conferencia con los indios que habíamos hecho prisioneros; de suerte que, a pesar de la opinión de algunos de los nuestros que habrían aceptado de buena gana la invitación del rey, el recuerdo del funesto festín de Zubu nos la hizo rehusar. Sin embargo, presentamos al rey nuestras excusas y agradecimientos, rogándole que viniese lo más pronto a las naves para que pudiésemos entregarle los cuatro esclavos que le habíamos prometido, por cuanto nuestra intención era partir con el primer buen tiempo.

El rey vino el mismo día y subió a bordo sin manifestar la menor desconfianza. Expresó que llegaba donde nosotros como si entrase a su propia casa, asegurándonos que sentía mucho una partida tan repentina y tan poco usual, ya que todas las naves empleaban ordinariamente treinta días en completar su cargamento, lo que nosotros habíamos ejecutado en mucho menor tiempo. Añadió que si nos había ayudado, hasta salir de su isla, a cargar con más prontitud el clavo, no había pensado por eso apresurar nuestra partida. Hizo en seguida la reflexión de que la estación no era a propósito para navegar en aquellos mares, a causa de los bajos que se encuentran cerca de Bandán, y que, por lo demás, podríamos en esos días encontrar algunas naves de nuestros enemigos los portugueses.

Cuando vio que todo lo que acababa de decirnos no era bastante para detenernos, *«pues bien, replicó, os devolveré entonces todo lo que me habéis dado en nombre del rey de España, porque si partís sin dejarme tiempo para preparar presentes dignos de vuestro rey, todos los soberanos mis vecinos dirán que el de Tadore es un ingrato, que habiendo recibido obsequios de un tan poderoso monarca como el de Castilla, no le enviaba nada en retorno. Dirán también, añadió, que os partís así de prisa, temiendo una traición mía, y toda mi vida quedaré yo con el nombre de traidor»*.

Entonces para tranquilizarnos de cualquier sospecha que hubiéramos podido abrigar de su buena fe, se hizo traer su alcorán, lo besó devotamente y lo colocó cuatro o cinco veces sobre su cabeza, balbuceando entre dientes ciertas palabras que eran una invocación llamada *zambehan*. Después de esto dijo en alta voz y en presencia de todos nosotros, que *juraba por Alá y por el alcorán que tenía en la mano, que sería siempre un fiel amigo del rey de España*. Profirió todo esto casi llorando y con tan buen modo que le prometimos pasar aún quince días en Tadore.

Dímosle entonces el sello y pabellón real. Poco después supimos que algunos de los principales de la isla le aconsejaron efectivamente que nos matase, para hacerle merecer el agrado y reconocimiento de los portugueses, que le ayudarían mejor que los españoles a vengarse del rey de Bachián; pero que el rey de Tadore, leal y fiel al de España, con el cual había jurado la paz, había respondido que jamás nada podría obligarle a cometer tal acto de perfidia.

El [miércoles 27](#), el rey hizo publicar un bando, previniendo que todo el mundo podía vendernos clavo libremente, lo que nos permitió comprar una gran cantidad.

El [viernes](#), el rey de Machián llegó a Tadore con varias piraguas, pero no quiso desembarcar porque su padre y su hermano, desterrados de Machián, se habían refugiado en esta isla.

El [sábado](#) vino el rey a bordo con el gobernador de Machián, un sobrino suyo, llamado Humay, de edad de veinticinco años; y habiendo sabido que carecíamos ya de paños, envió a buscar a su casa tres varas de rojo y nos lo dio para que, en unión de algunas otras cosas que todavía podíamos tener, hiciésemos al gobernador un presente digno de su rango, lo que ejecutamos,

habiendo además disparado varios tiros de bombardas cuando partieron.

El domingo 1° de diciembre se fue el gobernador de Machián, asegurándonos que el rey le había hecho también regalos para que nos enviase clavo lo más pronto. **El lunes** el rey hizo otro viaje fuera de su isla con el mismo objeto.

El miércoles, por ser el día de Santa Bárbara y por honrar al rey que se hallaba de regreso, hicimos una descarga general de artillería, y en la noche encendimos fuegos artificiales, que aquél tuvo mucho gusto de ver.

El jueves y viernes compramos gran cantidad de clavo, que obtuvimos a bajo precio a causa de que estábamos a punto de partir. Se nos daba un bahar por dos varas de cinta, y cien libras por dos cadenas de latón que sólo valían un *mareel* (moneda veneciana); y como cada marinero quería llevar a España todo lo que podía, cada uno cambiaba sus vestidos por clavo.

El sábado vinieron a bordo tres hijos del rey de Tarenate, con sus mujeres, que eran hijas del rey de Tadore, acompañados del portugués Pedro Alfonso. Regalamos una taza de vidrio dorado a cada uno de los tres hermanos, y a las tres mujeres tijeras y otras bagatelas. Enviamos también algunas menudencias a otra hija del rey de Tadore, viuda del rey de Tarenate, que no había querido venir a bordo.

El domingo 8, por ser día de la Concepción de Nuestra Señora, en señal de regocijo, disparamos varios tiros de bombardas, bombas de artificio y cohetes.

El lunes por la tarde vino el rey a bordo de nuestra nave acompañado de tres mujeres que le llevaban su betel. Conviene notar que los reyes y los miembros de la real familia son los únicos que tienen derecho de hacerse acompañar por mujeres. El mismo día el rey de Geailolo nos visitó por segunda vez para presenciar el ejercicio de fuego.

Como se aproximaba el tiempo fijado para nuestra partida, venía el rey frecuentemente a visitarnos, dejándose notar fácilmente cuánto lo sentía. Entre otras cosas lisonjeras, nos decía que se hallaba como un niño a quien su madre va a quitar el pecho. Nos rogó que para su defensa le dejásemos algunas piezas de artillería.

Nos previno que no navegásemos durante la noche, a causa de los bajos y escollos que se encuentran en este mar; y cuando le dijimos que nuestra intención era navegar día y noche para llegar lo más pronto a España, nos respondió que en tal caso no podía hacer nada mejor que rogar y hacer que rogasen a Dios por la prosperidad de nuestra navegación.

Durante este tiempo, Pedro Alfonso de Lorosa se trasladó a bordo con su mujer y todos sus enseres para regresar a Europa con nosotros.

Dos días más tarde, Chechilideroix, hijo del rey de Tarenate, llegó con una canoa bien tripulada para invitarle a que se fuese con él; pero Pedro Alfonso se guardó bien de aceptar el ofrecimiento,

sospechando que encerraba alguna mala intención, previniéndonos aun que no permitiésemos que aquél subiese a bordo, consejo que adoptamos.

En seguida se supo que Chechili, muy amigo del comandante portugués de Malaca, había formado el proyecto de apoderarse de Pedro Alfonso y de entregárselo. Cuando se vio burlado en sus expectativas gruñó y amenazó a los que habían dado acogida a Pedro Alfonso porque le dejaban partir sin su permiso. El rey nos había prevenido que su colega de Bachián iba a venir con su hermano, quien debía casarse con una de sus hijas, habiéndonos rogado que hiciésemos en su honor una descarga general de artillería. Llegó, efectivamente, [el 15 de diciembre](#) en la tarde, ejecutando nosotros lo que el rey había solicitado, sin disparar, sin embargo, la artillería más gruesa, porque nuestras naves tenían una carga demasiado grande.

El rey de Bachián y su hermano, destinado a casarse con la hija del rey de Tadore, se presentaron en una embarcación grande con tres órdenes de remeros por cada lado, en número de ciento veinte, y adornada de varios pabellones formados de plumas de loro blancas, amarillas y rojas, y en tanto que bogaban, marcaban el movimiento de los remos los tímboles y la música. En otras dos canoas se hallaban los jóvenes que habían de ser presentados a la desposada. Nos devolvieron el saludo dando la vuelta de nuestras naves y del puerto.

Como la etiqueta no permite que un rey ponga el pie en tierras de otro, el de Tadore vino a visitar al de Bachián en su propia canoa, y éste, al verle llegar, se levantó del tapiz en que estaba sentado y se colocó a un lado para ceder su lugar al rey de Tadore, el cual, por política, rehusó igualmente sentarse en el tapiz y fue a colocarse del otro lado, poniendo aquél de por medio. Entonces el rey de Bachián ofreció al de Tadore quinientas patollas como una especie de compensación por la esposa que daba a su hermano.

Las patollas son paños de oro y de seda, fabricados en la China y muy estimados en estas islas. Cada uno de estos paños se paga más o menos por tres bahares de clavo, según que tiene más o menos oro y trabajo. Cuando muere alguno de los notables, los parientes, para honrarle, se visten con estos paños.

[El lunes](#), el rey de Tadore envió al de Bachián una comida, llevada por cincuenta mujeres vestidas con paños de seda desde la cintura hasta las rodillas: marchaban de a dos en dos, llevando un hombre al medio. Cada una sostenía una bandeja que contenía pequeños platos llenos de diferentes guisados. Los hombres llevaban vino en grandes vasos. Diez mujeres de las de más edad hacían el oficio de maestros de ceremonia. Llegaron en este orden hasta la embarcación, y presentaron todo al rey, que estaba sentado en un tapiz listado de rojo y amarillo. A su regreso, las mujeres se juntaron a algunos de los nuestros que la curiosidad había llevado a ver este convoy, y no pudieron librarse de ellas sino haciéndoles algunos pequeños regalos. El rey de Tadore nos envió en seguida víveres, tales como cabras, cocos, vino y otros comestibles.

Este mismo día pusimos velas nuevas a las naves, pintando en ellas la cruz de Santiago de Galicia, con esta inscripción:

ÉSTA ES LA ENSEÑA DE NUESTRA BUENA VENTURA.

El martes dimos al rey unos cuantos de los fusiles que habíamos tomado a los indígenas cuando nos apoderamos de sus juncos, algunos versos y cuatro barriles de pólvora.

Embarcamos en cada una de las naves ochenta toneles de agua, reservándonos para tomar leña en la isla de Mare, cerca de la cual debíamos pasar y donde el rey había enviado cien hombres para tenerla lista.

Ese mismo día el rey de Bachián obtuvo permiso del de Tadore para bajar a tierra a fin de hacer alianza con nosotros. Iba precedido de cuatro hombres que llevaban en las manos puñales desenvainados. En presencia del rey de Tadore y de todo su séquito, expresó que se hallaría siempre dispuesto a consagrarse al rey de España; que conservaría para éste solo todo el clavo que los portugueses habían dejado en su isla, hasta la llegada de otra escuadra española, y que no lo cedería a nadie sin su consentimiento; que por nuestro conducto iba a enviarle un enclavo y dos bahares de clavo, y habría con todo gusto dado diez, pero nuestras naves estaban tan cargadas que no podían recibir más.

Nos dio también para el rey de España dos aves muertas muy hermosas. Estas aves son del tamaño de un zorzal, tienen la cabeza pequeña y el pico largo, las patas del grueso de una pluma de escribir y de un palmo de largo; la cola se asemeja a la del zorzal; carecen de alas, pero en su lugar tienen plumas largas de diferentes colores, como un penacho, y todas las demás, con excepción de las que le sirven de alas, son de un color oscuro. Estas aves no vuelan sino cuando hace viento. Se dice que provienen del paraíso terrenal y las llaman volondinatas, es decir, pájaros de Dios.

El rey de Bachián parecía ser un hombre de setenta años. Se nos refirió de él una cosa muy extraña, y fue que cada vez que iba a combatir a sus enemigos o quería emprender alguna cosa muy importante, se sometía por dos o tres veces a los caprichos repugnantes de uno de sus domésticos destinado a este objeto, lo mismo que lo hacía César con Nicomedes, según la relación de Suetonio.

Un día el rey de Tadore envió recado a los nuestros que guardaban el almacén de mercaderías que no saliesen durante la noche, porque había, según expresaba, algunos isleños que, por medio de ciertos ungüentos, tomaban la figura de un hombre sin cabeza, en cuyo estado se paseaban durante la noche. Si se encuentran con alguno que no les agrada, le untan la palma de las manos, con lo cual la víctima cae enferma y muere en tres o cuatro días. Cuando divisan tres o cuatro personas juntas no las tocan, pero poseen el arte de aturdirlos. El rey añadió que tenía espías para conocer a estos brujos y que había hecho ya colgar a varios.

Antes de habitar una casa recién edificada encienden grandes fogatas a su alrededor, celebran varios festines, y cuelgan en seguida del techo trozos de todo lo mejor que produce la isla, hallándose persuadidos de que por este medio no faltará nada en lo sucesivo a los que la habiten.

La partida de las Molucas

El miércoles por la mañana estaba todo listo para nuestra partida.

Los reyes de Tadore, de Geailolo y de Bachián, como también el hijo del rey de Tarenate, habían venido para acompañarnos hasta la isla de Mare.

La Victoria izó velas la primera y se hizo mar afuera para esperar a la Trinidad, pero ésta experimentó dificultad para levar anclas, durante cuya operación los marineros notaron que tenía una considerable vía de agua en la sentina, regresando entonces la Victoria a tomar su primitivo fondeadero.

Para buscar y encontrar la vía de agua, se descargó parte de las mercaderías de la Trinidad,

pero aunque se la puso de costado, el agua entraba siempre con gran fuerza, como por un tubo, sin que se pudiese jamás descubrir el mal.

Todo ese día y el siguiente, no se cesó de achicar con las bombas, pero sin el menor resultado.

Con esta nueva, el rey de Tadore vino a bordo para ayudarnos a buscar la vía de agua, aunque en vano. Hizo que se sumergieran cinco de los indígenas que estaban acostumbrados a permanecer más tiempo debajo del agua, y por más que lo estuvieron por más de media hora, no pudieron encontrar el sitio por donde aquélla entraba, y como a pesar de las bombas el agua seguía subiendo, envió a buscar al otro extremo de la isla a tres hombres aún más reputados que los primeros como **excelentes buzos**.

Al día siguiente, muy de mañana, regresó con ellos.

Se echaron al mar con sus cabellos sueltos, porque se imaginaban que el agua, al entrar por la rotura, atraería sus cabellos y les indicaría por este medio dónde se hallaba; pero después de buscarla durante una hora, subieron a la superficie sin haber encontrado nada.

El rey pareció afectarse vivamente con esta desgracia, hasta el punto que ofreció ir en persona a España a manifestar al rey lo que acababa de acontecer; a lo que le replicamos que teniendo dos naves podríamos hacer este viaje en la Victoria sola, que no tardaría en partir para aprovecharse de los vientos que comenzaban a soplar de este; que durante este tiempo se repararía la Trinidad, que podría en seguida valerse de los vientos del oeste para llegar hasta el Darién, que está del otro lado del mar en la tierra de Diucatán (Yucatán). El rey dijo entonces que tenía a su servicio doscientos cincuenta carpinteros, los cuales emplearía en el trabajo bajo la dirección de los nuestros, y que los que de nosotros quedasen en la isla, serían tratados como sus propios hijos. Pronunció estas palabras con tanta emoción que nos hizo a todos verter lágrimas.

Los que tripulábamos la Victoria, temiendo que su carga fuese demasiado considerable para que pudiese hacerla abrirse en alta mar, determinamos dejar en tierra sesenta quintales de clavo, haciéndolos conducir a la casa en que estaba alojada la tripulación de la Trinidad.

Hubo, sin embargo, algunos de nosotros que prefirieron quedar en las islas Molucas antes que regresar a España, bien fuese por el temor de que la nave no pudiese resistir

un viaje tan largo, o ya porque, recordando todo lo que habían sufrido antes de llegar a las Molucas, hubiesen temido perecer de hambre en medio del océano.

El sábado 21, día de Santo Tomás, el rey de Tadore nos trajo dos pilotos, cuyos servicios habíamos pagado de antemano, para que nos condujesen fuera de estas islas, y los cuales nos dijeron que el tiempo era excelente para el viaje y que era necesario partir lo más pronto; pero viéndonos obligados a aguardar las cartas de nuestros camaradas que quedaban en las Molucas y que querían escribir a España, sólo pudimos salir al mediodía. Despidiéronse entonces las naves una de otra por una descarga recíproca de artillería. Nuestros compañeros nos siguieron en sus chalupas hasta donde les fue posible, y todos nos separamos llorando.

Juan Carvallo se quedó en Tadore con cincuenta y tres europeos: nuestra tripulación se componía de cuarenta y siete de éstos y de trece indios.

El gobernador o ministro del rey de Tadore nos acompañó hasta la isla de Mare, donde apenas llegamos, cuando atracaron cuatro canoas cargadas de leña, la cual se subió a bordo en menos de una hora.

Todas las islas Molucas producen clavo, jengibre, sagú (que es el árbol de que hacen el pan), arroz, cocos, higos, plátanos, almendras más grandes que las nuestras, granadas dulces y ácidas, caña de azúcar, melones, pepinos, cidras, una fruta que llaman *comilicai*, muy refrescante, del tamaño de una sandía; otra fruta que se parece al durazno, llamado *guave*, y algunos vegetales buenos para comer. Hay también aceite de cocos y jenjelí. Con respecto a los animales útiles, existen cabras, gallinas y una especie de abeja no más grande que una hormiga, que hace sus panales en los troncos de los árboles, de una miel muy buena. Hay también mucha variedad de loros, entre otros algunos blancos que llaman *catara*, y unos rojos que se conocen con el nombre de *nori*, que son los más estimados, no sólo por la belleza de su plumaje, sino también porque pronuncian más distintamente que los otros las palabras que se les enseñan. Uno de estos loros se vende por un bahar de clavo.

Hace apenas cincuenta años que los moros han conquistado y habitan las islas Molucas, donde han llevado también su religión. Antes de la conquista de los moros, no había en ellas más que gentiles que no se preocupaban en absoluto del clavo. Se encuentran todavía allí algunas familias de gentiles que se han retirado a las montañas, lugares donde crece mejor el clavo.

La isla de Tadore se halla hacia los veintisiete minutos de latitud septentrional, y a ciento sesenta y un grados de longitud de la línea de demarcación. Dista nueve grados treinta minutos de la primera isla de este archipiélago, llamada Zamol, al sudeste cuarta del sur.

La isla de Tarenate está hacia los cuarenta minutos de latitud septentrional. Mutir se halla exactamente bajo la línea equinoccial. Machián por los quince minutos de latitud sur. Bachián hacia un grado de la misma latitud.

Tarenate, Tadore, Mutir y Bachián poseen montañas altas y piramidales en que crecen los árboles del clavo.

Bachián, aunque es la más grande de las cinco islas, no se divisa desde las otras cuatro. Su montaña de clavo no es tan alta ni tan puntiaguda como las de las otras islas, pero su base es más considerable.

Fin del libro III